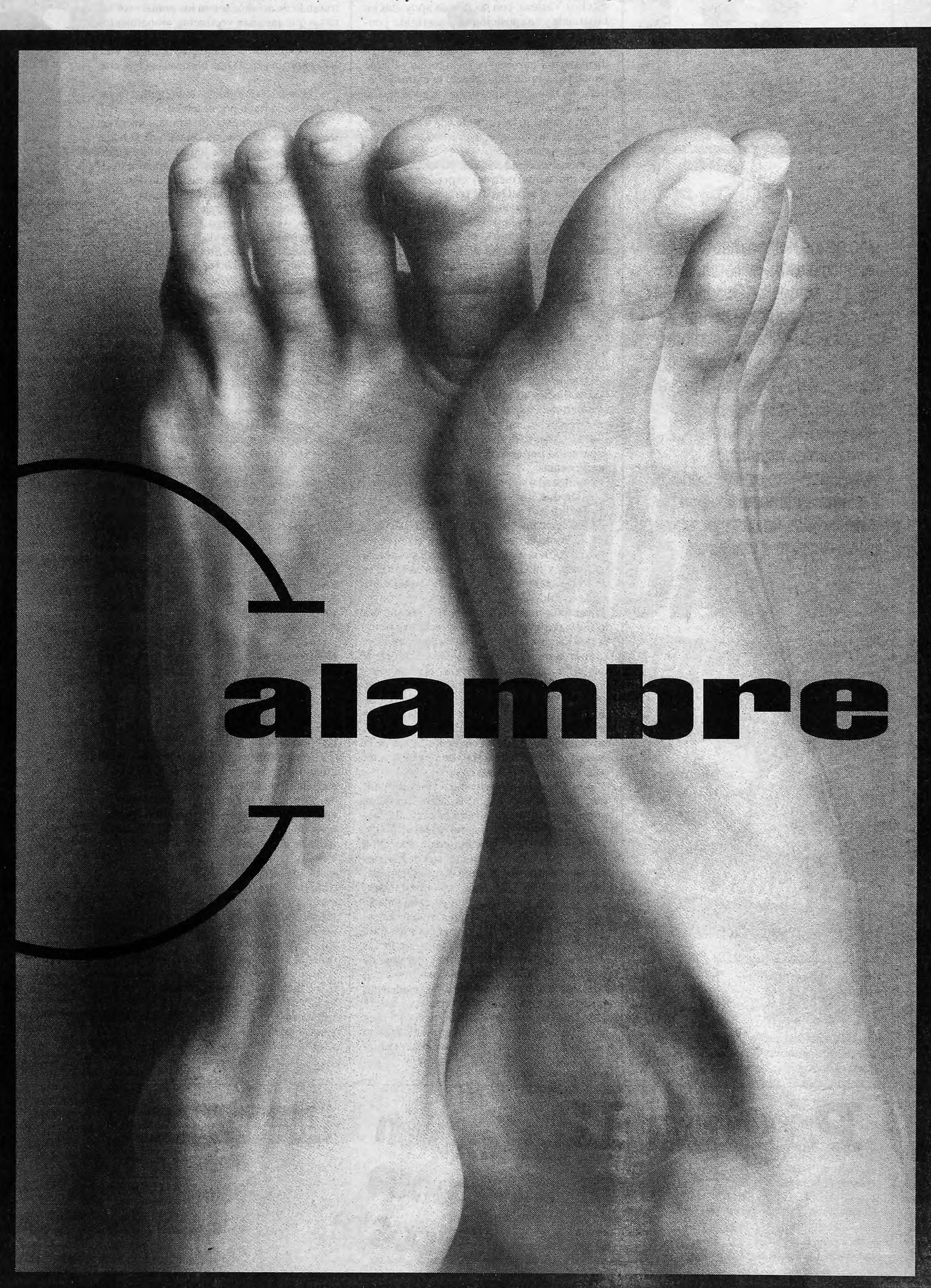
(Por Rudy) El calambre es, según el diccionario, la "contracción involuntaria y dolorosa de ciertos músculos". Sin embargo, esta definición no es del todo precisa, ya que hoy, se sabe, hay muchísimos criterios para evaluar la economía, el bienestar social, las películas y los calambres.

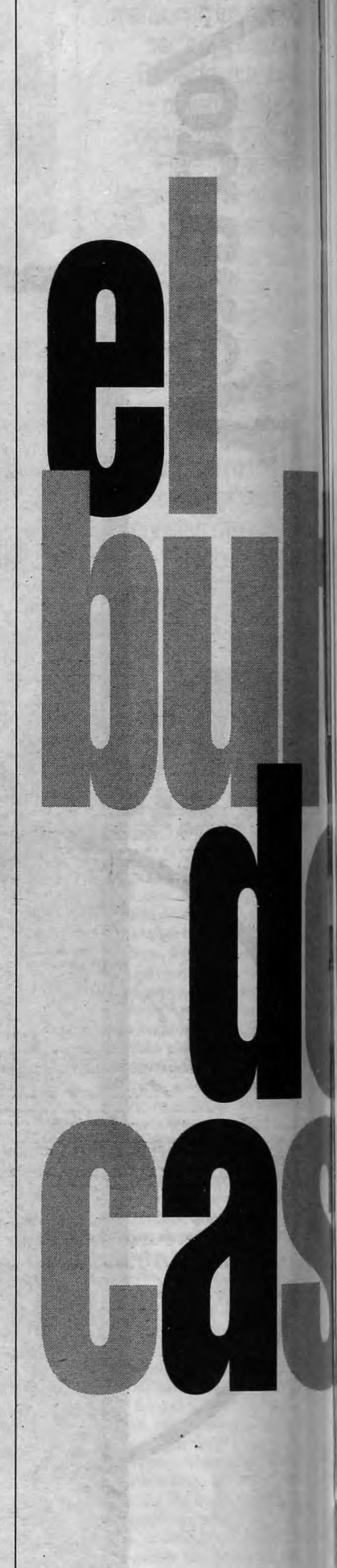
Con un criterio utilitario, por ejemplo, digamos que el calambre es algo esperable dentro del período laboral (nos permitiría tomarnos un día de descanso) y no durante las vacaciones, donde no nos serviría para nada.

Si nuestra evaluación es causal, digamos que los deportistas suelen tener calambres mientras practican dichos deportes, mientras que las personas sedentarias suelen tener calambres mientras no los practican.

Si decimos que se trata de una contracción, es obvio que habría que discriminar el objeto que se contrae. No es lo mismo si se contrae el bíceps después de un ejercicio de fisicoculturismo, que si se contrae gonorrea después de un acto sexual, o si se contrae matrimonio, también después de un acto sexual. Está de más aclarar que la conducta y el tratamiento a seguir son distintos en cada caso. De todas maneras, la medicina actual cuenta con antibióticos, miorrelajantes y terapeutas matrimoniales que pueden aliviar el dolor producido por la contracción.

No obstante, ante cualquier duda consulte a su médico, sobre todo antes de casarse.





Uno de los rasgos más reconocibles de la literatura de Elvio E. Gandolfo (Rosario, 1947) se caracteriza por la constante irrupción de brillantes sombras fantásticas para así quebrar la opaca luz de la rutina. El breve relato "El bulto del casino" –contenido en el volumen *Ferrocarriles argentinos* (Alfaguara)– no es la excepción al síntoma combinando con maestría dos típicas maniobras estivales: dormir y apostar.

El sol ha ido atravesando, oculto, una ancha faja de nubes y al fin ha llegado a la parte inferior, una línea de cielo que coincide a la vez con el horizonte del mar y el crepúsculo. El espectáculo es majestuoso: el borde inferior de la faja grisácea y el principio del mar teñidos de violeta púrpura, y en medio de la línea de cielo libre su disco incandescente y aplastado hundiéndose, todo expandido en el resto de la cúpula por un despliegue de nubes de cualquier tamaño y color, desparramadas como en una estampida, pero inmóviles.

En la playa apenas quedan bañistas. Los altoparlantes siguen difundiendo música ligera a lo largo de la rambla, y debajo de uno de ellos Varlero, con las manos apoyadas en la baranda y una posición un poco rígida, contempla el crepúsculo.

No puedo evitar una sonrisa. Varlero va a dirigirse por enésima vez a la ruleta y lo que puede parecer un éxtasis ante la extrema belleza del momento es con más seguridad una nueva cábala: "Si miro fijamente este atardecer, y consigo integrarme a la tranquila armonía del mundo que me rodea, mis apuestas serán seguras".

Ambos (él en la rambla, yo en la playa, a unos cincuenta metros) esperamos cortésmente que el espectáculo termine y luego comenzamos a movernos. Yo cruzo la arena, subo con lentitud por la escalera que da a la rambla y le pregunto si va a la ruleta. Me dice que sí, me pide un peine y parte, medio agachado, con el pantalón en hilachas, como un Frankenstein en desgracia. Yo tomo para el otro lado, bordeando la playa, dispuesto con paciencia a caminar las ocho cuadras hasta el hotel. Un observador no advertiría demasiadas diferencias entre los dos. Yo conozco al menos una: Varlero no sabe si perderá o no en la ruleta.

Cuando llego al hotel me dan la llave, subo los dieciocho escalones sintiendo el agotamiento en cada músculo y entro en la pieza. Me ducho con rapidez. Abro las ventanas, me aseguro de que el color violeta ha desaparecido por completo y me dejo caer sobre la cama.

Comienzo a soñar justo a tiempo, en el instante en que Varlero ha cambiado dos billetes de diez mil pesos por una ficha de veinte y se dirige cautelosamente a una de las meses. El punto de vista del sueño es siempre un poco alto, una especie de cámara ubicada a un metro y medio porencima de las cabezas de los asistentes al casino. Una cámara que sigue a Varlero a cualquier mesa que vaya. Ahora se acerca a una, pide color, le cambian la ficha por veinte de a mil y empieza a mirar los números. En un primer momento piensa apostar tres fichas al 14. Vacila un momento y el sueño le aconseja evitar el pleno. Coloca dos fichas en el tablero cuando suena el grito de "no va más". Sale el 14. Varlero maldice en silencio, contempla los movimientos certeros y crueles del rastrillo que se lleva el noventa y nueve por ciento de las fichas de la mesa y atribuye el cambio de decisión a un psicofármaco que toma en estos días.

A mi vez es posible (no puedo verme mientras duermo) que tenga los labios curvados por una tenue sonrisa sobre la cama del hotel. El sueño continúa como en los ocho días anteriores. Varlero cambiando apenas, a veces en forma inconsciente, sus decisiones y perdiendo en siete u ocho jugadas los veinte mil pesos. El sueño lo sigue mientras acecha, en todas las mesas y luego en la galería de entrada al casino, a algún amigo dispuesto a prestarle los veinte mil necesarios para la revancha. Alcanza a divisar por uno de los ventanales la estatura casi imperceptible de Tinker vagando por la galería exterior y grita *¡Tinker!* con las mandíbulas apretadas por la furia y la angustia. Cruza la puerta, haciéndole señas al portero de que quizá vuelva, y sale. Desde luego a Tinker no le alcanza ni para la entrada al salón. Por eso deriva afuera, a veces con la esperanza de encontrar a Varlero y contarle su última e inexistente conquista en la playa, como hace en este momento. Varlero lo aparta molesto. Tinker queda un poco atónito, se pierde entre las personas que entran o salen del hotel y el casino. Varlero comienza a bajar los escalones que dan sobre la galería y yo me despierto.

Tengo tiempo de sobra. Me peino ante el espejo partido del baño, me pongo el vaquero y la camisa, entrego la llave al calvo del mostrador y empiezo a caminar hacia la rambla.

Hay tres cuadras oscuras, antes de desembocar sobre los focos de mercurio que bordean la arena y el sonido meloso, insoportable, de los altoparlantes. Camino una cuadra tratando de no chocar con los numerosos turistas que caminan vacilantes, amontonados sobre la vereda y, cuando alcanzo a ver, a lo lejos la solitaria y agachada figura de Varlero sobre la vereda que bordea la playa, cruzo.

–¿Qué tal, cómo fue? –le pregunto. Y juro que no lo hago por crueldad.

A veces ni contesta. Se limita a hacer un gesto despectivo con un costado de la boca, dejando al descubierto un arreglo de emergencia sobre dos dientes, que aumenta su similitud con algún Frankenstein de descarte. Después caminamos unas cuadras casi en silencio. Sólo yo hago una pregunta de vez en cuando, o comento algo. Nos despedimos en la esquina de la casa de Varlero. Cada vez que pierde queda en un estado cercano a la catatonia, y prefiero vagar un rato antes de acostarme en vez de acompañarlo. Mañana al mediodía volveremos a vernos y quizás hablemos de otras cosas.

No sé con exactitud por qué sueño un sueño que controla las apuestas de Varlero en el casino. Lejos de mí la intención premeditada de hacerlo. Me gustaría que alguna vez ganara, que en diez o quince apuestas sacara más de cien mil pesos y caminara erguido por la rambla, con gesto de triunfador y la mueca que deja al descubierto el diente deforme convertida en una sonrisa en vez de un gesto de rencor.

Pero metódicamente sueño sus pérdidas, influyo con el sueño sobre las apuestas y las presencio con una sorda alegría. Me pregunto si alguien antes que yo soñaba. Porque Varlero pierde desde mucho antes de que yo llegara al balneario. A veces miro con intensidad la cara de su madre, el rostro de Lina, su antigua mujer. Y cuando hablo con ellas, o con cualquiera de la docena de amigos y familiares de Varlero, hago preguntas capciosas, para descubrir quién lo soñaba antes de mi llegada.

Es un esfuerzo infructuoso: cambio el posible soñador día por día. Tan pronto una respuesta me asegura que la madre de Varlero fue la que soñaba, llevada por la necesidad de cortar esa salida diaria de dinero, como uncomentario repentino de Fernández, uno de sus amigos, me hace menear la cabeza, convencido.

Creo que mi error es pensar en una intencionalidad: mi propio caso lo prueba. No creo desear secretamente que Varlero pierda. Si ganara, si ganara bastante, hasta podría pedirle unos pesos prestados y pasar unos días más en el balneario. Dicho de otra manera: quizás alguien que no conoce a Varlero lo soñó noche tras noche antes de mi llegada; algún pescador en las casillas que rodean el puerto, intrigado por el repentino sueño de un jugador de hombros caídos y ropa gastada perdiendo en las mesas y el bullicio del casino. He llegado a elaborar una teoría más compleja, aunque explicarla exige un rodeo.

A cien metros del hotel, sobre las cuadras que a la noche están a oscuras, hay un trozo de vereda levantado, sin motivo aparente. No hay árboles grandes a la vista ni el lomo gigantesco de baldosas se continúa más allá del cordón, sobre la calle. No me molesta en ab-

Por Elvio E. Gandolfo

soluto. Por lo general lo evito caminando por la calle o por la vereda opuesta. Pero en mis sueños, los que no estaban destinados a que Varlero pierda, el bulto de la vereda me aterrorizaba una y otra vez. Aun cuando en el sueño caminara sobre la vereda opuesta, lo hacía pegado a la pared, como esperando que algo innominado y oscuro rompiera la costra y saltara sobre mí. Noche tras noche me aterroricé con el colorado lomo de baldosas, hasta que se transformó en una moderada obsesión y empecé a temerle también de día.

En esa misma época comenzó a entrometerse en el sueño de Varlero. Sobre un rincón del gran salón del casino, casi pegado a la pared, el punto de vista que seguía a Varlero distinguía una leve elevación del piso, que crecía sueño a sueño, con la misma sensación de terror en aumento. El punto de vista se desviaba en proporción directa hacia aquel tumor, al que parecían sin embargo indiferentes tanto Varlero, que seguía perdiendo, como los demás jugadores, croupiers, cantores y cajeros. Llegó un punto en el que el bulto fue casi del mismo tamaño que el de la vereda, y en que el sueño apartó su mirada de la espalda de Varlero y quedó fijo en el tumor, que parecía latir con una amenaza inminente. Desperté con una sensación de angustia apretándome el pecho. Caminé hasta la rambla, esperé un rato en vano y al fin volví a la pieza, sin haber visto a Varlero. Tardé en dormirme, pero al fin, resignado, me vi caminando en el sueño hacia la vereda y el reborde siniestro. Fue entonces cuando una mano enorme, cortada a la altura de la muñeca, se abatió sobre la vereda alisándola, eliminando el bulto con dos o tres pasadas de su palma gigante. Ya no hubo lomo en la vereda onírica, ni en el borde del salón del casino soñado. Siguió existiendo un simple abultamiento real, junto al que paso sin inmutarme cuando bajo a la rambla.

La teoría es que no soy yo quien sueña con Varlero perdiendo. Alguien inyectó su figura en mis noches o en las de extrañados pescadores, haciendo coincidir nuestros descansos con su entrada al casino. Alguien a quien llamaría soñador superior. Otro, no sé si más o menos poderoso, inyectaba en mí el terror al bulto en la vereda, hasta hacerlo crecer, quizá por mero juego o competencia, en un sueño ajeno (tanto a él como a mí) sobre el lustrado piso de un casino. El primero borró el obstáculo con un gesto, para poder seguir su tranquila diversión con Varlero. Quizá seamos cuatro los que conocemos la escena, como si el sueño del jugador fuera una ficha colocada en el cruce de dos rayas en una cuadriculada mesa de ruleta.

He dudado en contar a Varlero la teoría y el sueño. Sus pérdidas lo han sumergido en un desinterés tan absoluto por lo exterior que he preferido guardármelo, sin contarlo tampoco a otros, que me creerían firme candidato al tratamiento psiquiátrico.

Podría renunciar a ese corto descanso, permitir que por una vez Varlero juegue solo en las mesas. Pero estoy de vacaciones y me da pereza cambiar de rutina. Una vez decidí acompañarlo en vez de dormir, y Varlero pensó esa noche que no sólo el psicofármaco sino también mi presencia influían negativamente en sus apuestas. Y perdió, en una cantidad de jugadas tan limitada como la del sueño. Quizá Varlero tenga mala suerte, o sea un pésimo jugador y mis teorías y el sueño, un simple añadido circunstancial.

Me limito a seguir pasando las vacaciones tranquilo, tomando sol, buceando bajo el agua salada, leyendo novelas policiales y conversando brevemente con algunas personas. Cuando hay algún atardecer espectacular (casi todos lo son) lo contemplo, y cuando veo a Varlero partir hacia la ruleta, encorvado, sonrío y me voy al cuarto del hotel a soñar.

Se reproduce aquí por gentileza del autor.



Resumen: Pirovano –ex arquero, representante de jugadores y quién sabe qué más– tiene problemas con el poder (le atajó un penal al Presidente), con Bárbara, la mujer de su representado Sebastián Armendáriz, y –sobre todo– con los Gigantes en la Lona, la troupe de luchadores amenazada, Zolezzi, el Troglodita, se refugiará en su casa.

11 ULTIMA TOMA

Prácticamente no vi el partido. Sentado junto a Hugo, miraba pasar la pelota de un campo a otro como quien observa jugar –indiferente, además– al torpe operador de un flipper en el que marcianos inverosímiles se empeñan en conquistar un sistema solar custodiado por Schwarzenegger & Cía.

Todo está muy peleado, excesivamente confuso y disputado, en treinta metros –según la moda del achique de espacios–, sin otra pausa que los laterales ni otra emoción que los errores defensivos. Además, sentía una especie de escozor digital cuyo sentido indudable me perturbaba.

A los diez minutos pretexté cansancio, aburrimiento, afecciones vagas y salí sin disculparme. No bien trepé el Escarabajo encendí la radio como un modo de coartada o justificación que nadie me pediría sino yo. El partido que me contaban era realmente otro, pero tampoco me interesaba. Estaba cerrado a todo, obsedido por fantasmas e incertidumbres.

Así, a marcha vigorosa e indeterminada escuché el resto del primer tiempo –incluso el gol de cabeza de Sebastián– mientras me deslizaba por la Autopista creyendo que iba a buscar a Bárbara. Pero no fui, claro. Me zambullí en la bajada de Jujuy hacia el norte y terminé apretando el cromado botón del portero eléctrico de Vicky. La torre de Obligado al 2100 tenía un vigilante nocturno, el césped iluminado y las plantas más sanas y crecidas que cuando yo vivía allí.

–¿Quién es?

–Yo, Pedro.

Hubo una pausa.

–¿Qué pasa?

–¿Cómo está la nena?

–Bien. Ya vamos a hablar de eso... Todo muy corto.

–¿Puedo subir? –me sorprendí diciendo.

–No.

–¿Estás con el secretario?

Ni siquiera me contestó. Hubo una pausa más larga aún.

–¿Estás mal? ¿Necesitás algo? –dijo de pronto.

Ahora fui yo el que no contesté.

–Tenemos una hija hermosa –dije.

–¿Qué?

–¡Tenemos una hija hermosa! Me di cuenta de que había gritado mucho porque el guardián nocturno se levantó de su escritorio y caminó hacia mí del otro lado de los cristales.

–¿Qué querés? –insistió Vicky fastidiada.

–Nada, nada... Todo bien –y me alejé del aparato.

Ella siguió interrogándome, buscándome en la noche un rato más.

Cuando subí al auto, el vigilante salió y le contestaba tratando de explicarle.

Di unas vueltas, escuché el gol del empate y llegué a casa temprano. Temprano y al pedo. No sabía –no quería saber– qué era lo que me sacudía de un lado para otro. Tal vez de algún modo intuía que me quedaban pocas cartas por jugar, pocas horas para hacerme el gil o el distraído de lo que se me venía encima.

Entonces, como otras veces, conscientemente, me borré. Puse a Glenn Gould, lavé platos y vasos sucios, vacié ceniceros, abrí las ventanas a San Telmo y pensé que el carayá estaría durmiendo. No llamé a Vicky para explicarle qué; no llamé a Bárbara para justificar nada. Ni siquiera escuché los mensajes del contestador. Tampoco respondí a los nuevos llamados que caían como rayos en una tierra ajena.

Me desnudé, me serví el tercer whisky, agarré los *Nueve cuentos de cabecera* y elegí *El hombre que ríe*. Llegué penosamente al final. Con el último whisky encaré la noche perfecta para el pez banana; me hice una paja triste y laboriosa mientras miraba en blanco y negro una película de Barbara Stanwick.

Me desperté a las seis y media. Apagué el televisor, me duché y comprobé que los llamados postergados no me hubieran cambiado la vida ni el sueño; el rubio Fabio para Dolores; Etchenique, que lo llamara; Vicky, que me puteaba; Barbara, que me amaba y nada más. Ni amenazas ni fax tatuados. Pero cuando salía me di cuenta de que el Troglodita no había venido a dormir.

Bajé por la escalera, me crucé y saludé formalmente a la madrugadora vecina que había aterrorizado con un fierro la tarde anterior y salí a la calle todavía desierta. La mañana estaba limpia; el aire, liviano y transparente.

Hice el itinerario de siempre: Belgrano, Costanera Sur, Lola Mora y el veredón del Balneario y la Ciudad Deportiva hasta la Reserva. Al pasar frente al lugar donde me había revolcado con Zolezzi me acordé otra vez del grandote y sus aparatosas caídas.

Entré a la Reserva y elegí el recorrido largo. Estaba prematuramente cansado por el maltrato nocturno, así que caminé un trecho moviendo los brazos, oxigenándome. Después, lentamente, volví a trotar. Estaba hermoso para correr. No había nadie. Apenas los chillidos de los pajarracos en la laguna, algún coipo que chapoteaba en el agua baja.

Llegué hasta el fondo, donde se abre al fin el río, ese paisaje horrible de catástrofe en que el agua ha trabajado los escombros de ladrillo, fierros y granito como el mar a las rocas naturales.

Doblé y lo vi.

Era un bulto grande, oscuro, en medio del sendero. Lo reconocí mucho antes de llegar junto a él. Y era como si lo hubieran dejado a propósito así, para que lo encontrara, fuera el primero en ver la sangre que ya encharcaba la tierra.

El Troglodita estaba muerto, despatarrado boca arriba, como le gustaba caer después de la última toma.

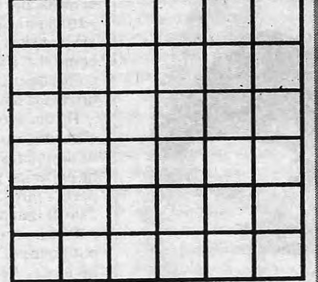
Mañana: 12. **Se acabó**





Anote en cada línea horizontal la palabra correspondiente, de modo que no queden letras repetidas en las líneas verticales.

MOSS
CLARK
HULME
LAUDA
PROST
RINDT



Acomodo
MOSS
CLARK
HULME
LAUDA
PROST
RINDT

ESCALERAS

Pase de un escalón al siguiente cambiando una sola letra por vez.

DORSO	CALOR
PALMA	HOGAR

Escaleras
A. Dorso, dorio, doria, daria, paria, Parma, palma. B. Calor, calar, colar, rolar, rogar, hogar.

ACADEMICO

Descubra el verdadero significado de cada palabra. Hay cinco respuestas correctas A, cinco B y cinco C.

1. Lonche - A: Pescuezo. B: Tira de cuero. C: Merienda.
2. Longánimo - A: Magnánimo. B: Longilíneo. C: De larga duración.
3. Longares - A: Cobarde. B: Hijar de la caballería. C: El que es muy lento.
4. Longipenne - A: Que dura mucho. B: Que tiene tallo. C: Que tiene las plumas largas.
5. Lordosis - A: Tierras pertenecientes a un señor inglés. B: Curvatura anormal de la columna. C: Arbusto arpocináceo.
6. Manípulo - A: Ornamento que ciñe el brazo del sacerdote. B: Manivacío. C: Cosa transportable.
7. Manobre - A: Manivela. B: Operario que ayuda al albañil. C: Guantelete de hierro.
8. Mansarda - A: Delantal de paño. B: Sin peligro. C: Desván.
9. Mantillón - A: Tierra que forma la capa superior del suelo. B: Pícaro. C: Sucio.
10. Mapanare - A: Mofeta, zorrillo. B: Culebra venenosa. C: Persona inútil.
11. Marabú - A: Liebre americana. B: Ave zancuda. C: Maraca.
12. Maraquito - A: Pájaro dentirrostro. B: Hijo menor de una familia. C: Antigua moneda española de baja denominación.
13. Neurilema - A: Capa que envuelve los nervios. B: Lesión nerviosa. C: Debilitación.
14. Niara - A: Pajar hecho en el campo. B: Conjunto de cerdos. C: Insecto americano parecido a la pulga.
15. Nevo - A: Viento que trae nieve. B: Concavidad en una pared. C. Mancha de la piel.

CALIFICACION

15puntos ________ académico
11 a 14 ________ maestro
6 a10 ________ bachiller
5 ó menos ________ alumno

Académico
1: C. 2: A. 3: A. 4: C. 5: B. 6: A. 7: B. 8: C. 9: C. 10: B. 11: B. 12: B. 13: A. 14: A. 15: C.

PIRAMIDES NUMERICAS

Complete las pirámides colocando un número de una o más cifras en cada casilla, de modo tal que cada casilla contenga la suma de los dos números de las casillas inferiores. Como datos se dan, en cada caso, algunos

471							
	112						
	38		22				
9		10		4			
						6	

471							
257	214						
145	112	102					
81	64	48	54				
43	38	26	22	32			
21	22	16	10	12	20		
9	12	10	6	4	8	12	
3	6	6	4	2	2	6	6